

EL DIA DE LA RAZA

Trascendental significación ha revestido este año la celebración del Día de la Raza en Manila.

Su extraoficial programa sólo constaba de un número, pero de magnitud tal y de tan subidos quilates que por sí mismo culminó la ofrenda que en esa fecha corresponde a la consagración de toda una estirpe cultural nacida con el descubrimiento del nuevo mundo y que es obra imprecедера de la civilización hispana.

Porque es éste el amplio alcance de la conmemoración, muy superior al que encierra el estrecho concepto etnológico de la palabra.

Entre los países de hispano abolengo, figura Filipinas en igual plano que sus hermanas, las libres naciones que se extienden desde Río Grande hasta el Estrecho de Magallanes. En igual plano en que se sienta la Madre común.

Corresponde por tanto a Filipinas un lugar en este concierto anual de la Raza y bien hace en no excluir su presencia.

No obstante la distancia que la separa del continente en que se agrupan los otros países de origen hispano, así como del solariego hogar, son incontables los puntos de contacto que a ellos la unen y que la identifican en inconfundible parentesco espiritual.

Una misma Madre cristianizadora, una misma lengua y una misma religión predominante son, por sí solas, suficientes características reveladoras de este parentesco, amén de mil rasgos exteriorizados en su historia confirmatorios de esta inequívoca identidad psicológica.

Habiendo sido la conmemoración de esa efemérides elevada a la categoría de fiesta nacional en España y en los países hispano-americanos—(e incluso en los Estados Unidos con el nombre de «Columbus Day») —¿no estaría indicado que también Filipinas consagrarse oficialmente la fecha del 12 de Octubre?

Tienen la palabra nuestros legisladores.

* * *

No se hubiera celebrado el Día de la Raza de manera tan digna y apropiada éste año si no se hubiera hecho cargo de esta celebración el «Círculo Escénico». En un simpático pueblo de la Pampanga, Bacolor, nació ésta pujante socie-

dad. Sus primeras manifestaciones de vida tuvieron por escenario el de aquellos teatros y salones provincianos. No aspiraban a más sus cultos y entusiastas organizadores y componentes, bellas señoritas y distinguidos caballeros cuyo refinado espíritu, depurado gusto artístico y vasta ilustración pónense de manifiesto en sus obras. Pero como todo organismo que atesora mérito extraordinario, pronto se propagó su bien ganada fama, haciéndose esperar en Manila con verdadera impaciencia el momento de su presentación, insistentemente requerida. Verifícase ésta hace pocos meses con «Cancionera», joya poética de los hermanos Quintero y «La Alsaciana», linda obra del género lírico. El éxito fué rotundo y definitivo. Plenamente trinfó el «Círculo Escénico». La prensa le hizo justicia, reproducción de la que ya el gran público le rindiera, y desde entonces el «Círculo Escénico» forma parte, legítimamente ganada, de la línea avanzada del hispanismo en estas islas.

Su aparición es síntoma alentador, como brote espontáneo de la flor que denuncia la existencia de la savia vital que corre por el tronco y la honda raigambre que reafirma en la tierra al árbol que ya temíamos ver caer...

* * *

...Y llegó el Día de la Raza y el «Círculo Escénico» presentóse por segunda vez ante el público de Manila asumiendo la responsabilidad de un colosal programa: «Los intereses creados» y «La Canción del olvido».

Aunque en otro lugar de éste número de EXCELSIOR se hace la crítica de la interpretación de estas obras y se describe la brillantez del espectáculo y la distinción y esplendor de la concurrencia, no podemos menos de rendir por nuestra parte nuestro sincero y cordial tributo a la excelente labor de las gentiles e inteligentes señoritas y caballeros de tan culta agrupación, no ocultándoles nuestro vivo deseo de que no transcurra mucho tiempo sin que de nuevo nos deleiten con las bellezas de su arte admirable y admirado.

UN CHICO DE LA PRENSA.